

niendo su valimiento y defendiendo los derechos de los oprimidos.»

Sin duda ninguna, la situación del pobre no será hoy en Méjico tan desahogada como cuando se escribía lo anteriormente copiado. Porque cuando el Gobierno desamortizó los bienes eclesiásticos y expulsó á los religiosos, privó á los pobres del patrimonio que les pertenecía y de sus mejores amigos.

Al igual que en España y Méjico, se descubre en otras naciones católicas el mismo espíritu de caridad y amor con el desvalido. En Austria, verbigracia, según el *Statesman's Year Book*, es costumbre de los pueblos pequeños que cada uno de los vecinos, por turno, se encargue de recoger, durante algunos días, á los pobres desvalidos, en el cual tiempo son tratados cual si pertenecieran á la familia. Volvemos á preguntar de nuevo: ¿Qué tiene el Protestantismo en la vida de su pueblo, capaz de compararse con estas costumbres patriarcales, tan encantadoras á los ojos de todo hombre de recto corazón y tan agradables á la vista del Dios del Amor?

Pudiera afirmarse que hasta aquí nada hemos dicho de los servicios del Catolicismo para con los desgraciados, según el mundo; aún nos falta por ver la grande obra, que con razón enorgullece á la verdadera Iglesia de Jesucristo, y avergüenza y confunde á las que, sin serlo, pretenden pasar por tales. Nos referimos á los Institutos religiosos, consagrados á las obras de caridad. Los extraordinarios trabajos y sufrimientos en favor de los desgraciados, constituyen una de las glorias más puras de que puede enorgullecerse el género humano, y son una de las acciones más meritorias que habrá escritas en aquel gran libro que se abrirá el día del Juicio, cuando el Dios del Amor y del Sacrificio venga á remunerar á cada hombre según sus obras. Si quisiera citar únicamente los nombres de estas Congregaciones, tejería una larguísima lista. Con sólo descubrir sus trabajos y heroicas proezas, se llenaría un libro. Y, sin embargo, ¿qué conoce de todo esto la generalidad de los protestantes? Si se exceptúa á las Hermanas de la Caridad y á alguna que otra Congregación de las otras, ni los nombres habrán oído. Y puesto que las Hermanitas de los Pobres son también de las más conocidas, diré de ellas dos palabras.

Es su Instituto recoger y asistir á los ancianos desamparados, á quienes cuidan con la ternura y amor de la más cariñosa

de las madres. Ellas piden limosna para sustentar á sus ancianos, se alimentan de lo que á los ancianos sobra, y se privan de todo con tal de que á los ancianos nada falte. Estableció esta Congregación una joven francesa, María Ganot, en 1840. Al morir la Fundadora, hace todavía muy pocos años, vió esparcidos por el mundo 266 Asilos, donde sus Hijas daban albergue y prodigaban los más tiernos cuidados á más de 40.000 ancianos. Dícese que unos 120.000 asilados habrán muerto en brazos de las Hermanitas sólo en vida de su Fundadora.

Entre las Sociedades laicas merece singular mención la de las Conferencias de San Vicente de Paúl, cuyos miembros, pertenecientes á todas las clases de la sociedad, consagran el tiempo que les dejan libre sus ocupaciones á visitar personalmente á los pobres, llevándoles sustento para sus cuerpos y consuelo para sus almas, á las veces mucho más necesitadas.

Por algunos puntos de semejanza que tiene con la precedente, no quiero omitir otra Asociación, establecida en Bélgica y en Francia, con el título de «Señoras del Calvario.» Compónese exclusivamente de viudas, pertenecientes, en su gran parte, á la principal nobleza, las cuales, sin obligarse por votos religiosos ni hacer vida común, dedicanse, en Hospitales fundados por ellas mismas, al cuidado de los enfermos encarcerados, sirviéndoles en los oficios más bajos y repugnantes á la Naturaleza. Terminado el tiempo de asistencia que á cada una corresponde diariamente, se retiran á sus casas á alternar con la más selecta sociedad.

Todas estas Asociaciones, tanto las laicas como, sobre todo, las que, por medio de los votos religiosos, se obligan al ejercicio de la caridad, forman un bellissimo ornamento de la verdadera Esposa de Jesucristo. ¡Como que son el fruto natural y espontáneo de las enseñanzas y ejemplos del Hijo de Dios!

¿Cuáles son los resultados que las enseñanzas y ejemplos del Dios de los pobres han producido en la Iglesia reformada? ¡Oh! ¡Cuán honda pena da el tener que contestar á esta pregunta! ¿Qué es en este punto la historia toda del Protestantismo, sino la negación más absoluta de la doctrina de Cristo; la historia del odio, desprecio y violenta persecución contra los ángeles de la caridad, los religiosos y las monjas? ¿No fué la pretendida Reforma la que arrojó de sus Asilos y Hospitales á los siervos de Cristo, y confiscó el patrimonio de los pobres, arrebatando sus bienes á los

limosneros y mayordomos del Dios de los pequeñuelos, la que ahorcó á millares de Hermanos y Hermanas de los pobres, é injurió y deshonoró á los pocos que pudieron escapar de sus sangrientas manos? En la negra historia del género humano, pocas páginas habrá tan manchadas como la que relata la guerra de exterminio, promovida por el Protestantismo y proseguida por el moderno Liberalismo, contra los amigos y defensores de los menesterosos.

El Protestantismo arrebató de la frente de los pobres la corona de bendiciones con que el mismo Cristo los había condecorado, y en vez de ella estampó el estigma del desprecio, el sello «de pobre» con que la sociedad moderna los distingue. El Protestantismo proclamó un nuevo Evangelio de riquezas y progreso material, en el que ninguna parte podía caber á los pobres y desheredados, según el mundo. Nada de extraño tiene que los pobres se hayan vuelto sordos á la nueva doctrina y hayan desertado en masa de la nueva religión. Los espléndidos templos, que un tiempo fueron propiedad del Catolicismo, y cuyas puertas se veían coronadas de pobres, fueron un día ocupados por el Protestantismo: mas, desde aquella época, huyeron de sus dinteles aquéllos «cuyo es el Reino de los cielos.» El Señor dice que escuchará siempre las súplicas de los pobres y pequeñuelos. El Protestantismo se tapa los oídos para no oír esa voz lastimera, que pide una limosna por amor de Dios; no consiente que se tropiece con andrajos y miseria en las calles y paseos, donde ha de ostentarse el lujo y lucir la vanidad de las riquezas.

Para muchos sinceros creyentes en la Iglesia reformada comprendo que no tendrán aplicación los cargos anteriores, pero tiénenla, y mucha, dirigidos contra el Protestantismo, considerado como sistema religioso y social. Consecuencia es de sus doctrinas el estado de miseria y abandono á que ha venido una grandísima parte de los pueblos que se le han sometido. Oigamos cómo nos la describen algunos autores protestantes.

Mr. Kay escribía lo siguiente hace medio siglo (*Social Condition of the English People*):

«El horizonte de las clases trabajadoras está limitado por las altas paredes de ladrillo de los asilos (*work houses*). Tanto estos edificios como las cárceles, véanse repletos; los ciudadanos están sobrecargados de contribuciones, y por los pueblos no se descubre sino pobreza y miseria.»

Á continuación copia del doctor Channing (*Duty of Free States*): «La condición actual de las clases bajas en Inglaterra, hace poquísimo honor á las instituciones y civilización nacionales. Las multitudes se hallan reducidas á un grado tal de ignorancia, abandono y miseria, capaces de conmover á un corazón que no sea de piedra. En el mundo civilizado, pocos espectáculos habrá tan tristes como el extraño contraste que forman en la Gran Bretaña, una riqueza fabulosa y un lujo oriental al lado de la desnudez, el hambre y la inanición; la degradación brutal, la falta de todo á muy corta distancia de esos palacios encantados, donde abunda todo, donde reina la profusión y el derroche... Hasta hace poco empleábanse anualmente de seis á siete millones de libras esterlinas en el socorro del *pauperismo abyecto* de sólo Inglaterra y Gales; desde la última «ley de pobres» sólo gastamos de cuatro á cinco millones; pero la independencia y libertad del pobre han perecido. ¿Qué país hay en el mundo donde sea necesario hacer un gasto tan enorme para impedir que los obreros se mueran de hambre? El 1848, sin contar los cientos de miles socorridos por personas particulares, sólo el Estado asistió á 1.876.541 pobres; es decir, la octava parte de la población.»

En el cuadro que inserta á continuación, demuestra el aumento progresivo del pauperismo y en proporciones alarmantes. Lo que desde aquella época ha aumentado, lo diremos en otra parte. Ahora, para que los lectores puedan formarse una idea de lo que era hace algunos años, cuando Dickens escribía *Oliver Twist* ó *Nicholas Nickleby*, uno de los asilos llamados *work house*, vamos á copiar la descripción que nos hace Lester de uno de estos edificios (*The glory and shame of England*, vol. I, pág. 152 y sigs.):

«Los asilos de los ingleses son contados entre las Casas de Misericordia. Pero quizá convendría buscar para ellos otro nombre que les cuadrara mejor. Son, en efecto, habitaciones bastante cómodas, según lo que por *comodidad* entienden esas gentes, que se privan de la mayor parte de las cosas, que entre los demás mortales son necesarias á la vida. Para un obrero nada hay tan penoso como el pensamiento de tener que ingresar el día de mañana en una de estas casas. Tal idea es como negra nube, que siempre flota suspendida sobre el obscuro panorama de su porvenir.

»Estos asilos son, á las veces, teatro de escenas crueles é inhumanas. En muchas ocasiones los administradores y empleados

especulan á costa de los estómagos de los asilados, negándoles los alimentos más precisos á la vida, ó dándoselos muy escasamente ó de muy mala calidad. Casos se han dado, y no pocos, de morir algunos enfermos completamente solos y abandonados en sus sucios aposentos, sin asistencia médica, sin un enfermero que los atiende, aun sin una miserable lamparilla, que disipando las tinieblas de la noche, hiciese menos amargo el trance de la agonía. La codicia de los administradores, junto con el interés de los barrios ó distritos, cuyo erario tiene que sustentar á los pobres de su jurisdicción, causas son más que suficientes para acabar en poco tiempo con aquellas inútiles existencias.

Para este mismo objeto son medios adecuados el abandono completo y los bárbaros tratamientos que allí reinan. ¡Cuántas veces se ha oído á los enfermos pedir con instancia un médico, un ministro de la religión que rece alguna plegaria por su alma; quejarse de la soledad en que se le dejaba en su aposento obscuro, imagen viva del sepulcro, que dentro de poco les aguardaba! ¡Pero todo en vano! La aurora del día siguiente descubría un cadáver yerto. ¿Cuándo se le separó el alma? ¿Quién lo sabe sino Dios, que fué el único testigo en aquel trance? Poco después se encierran los fríos despojos en un ataúd, donde son conducidos á enterrar y con ellos la memoria del difunto. Sobre su tumba no se derramará una lágrima de cariño, no se le dedicará un recuerdo. Muy en breve nadie podrá distinguir la sepultura donde duerme el pobre; nadie sino Aquel que todo lo ve, y sin cuyo conocimiento, ni un pajarillo cae en las redes del cazador...» *The glory and shame of England*, vol. I, pág. 152.

Cuantos autores han escrito sobre el particular después de Kay y Lester, repiten la misma historia. Merece citarse una obra publicada recientemente con el título de *El pauperismo y la propiedad en la Edad antigua. Pauperism and the Endowment of Old Age*. Su autor es Carlos Boot, presidente de la Real Sociedad Estadística y conocido ya por otro trabajo análogo en cuatro tomos: *Vida y trabajos del Pueblo*. De la última de dichas obras es de donde tomamos el dato siguiente sobre el pauperismo inglés: Entre los menores de diez y seis años, el 2,8 por 100 de la población vive de limosna; entre los diez y seis y los sesenta años, el 3,8 por 100; desde los sesenta á los sesenta y cinco, el 8,1 por 100, y desde los sesenta y cinco en adelante, el 25,9 por 100: bastante más que una cuarta parte.

En la pág. 165 cita Mr. Booth el libro *Ensayos sobre el pauperismo*, de Blakely, donde se dice que, después de diligente investigación, en veintiséis distritos rurales resultaba que nada menos que el 42 por 100 de los ancianos pasaba allí sus últimos años á costa de la beneficencia pública. En vista de este dato, juzga Mister Booth no ser exageración dar al pauperismo la proporción de 30 por 100 con relación á todo el país.

El periódico *Sun*, de Nueva York, publicó un suelto el 6 de Mayo de 1894 con el título de *Age and Pauperism in England*. El articulista, después de citar algunas de las estadísticas que llevamos aquí apuntadas, dice que en el distrito de Southwark (Londres), el 84 por 100 de los ancianos viven de la caridad pública.

Estos hechos son, á la verdad, abrumadores y hacen muy poca honra á la nación en que se realizan y á la religión que informa y vivifica la vida toda nacional. El mismo Kay, con todo y ser un protestante de los finos, confiesa paladinamente que la Iglesia Episcopal Anglicana no es para los desheredados de la fortuna. Nada tiene de extraño que su corazón compasivo y humanitario, conmovido ante los horrores que relata, prorrumpe á las veces, entre sorprendido é indignado: ¿Quién es el responsable de tanta degradación? Interesante es el capítulo que trata de las relaciones entre la Iglesia Anglicana y el pauperismo. ¿Cuál debiera ser la misión de los ministros del altar en las actuales circunstancias? Interesarse por el pobre, apartarle de la degradación moral, resucitar en él los nobles sentimientos de la humana dignidad y de la igualdad cristiana. Y ¿cuál ha sido en esta parte el proceder del Clero anglicano? Mr. Kay nos lo indica suficientemente cuando dice que ni una décima parte de la gente obrera ha pisado en su vida una iglesia. Lo confirma con el ejemplo de una de las parroquias mejor administradas de Londres, cual es la de San Pancracio. Tanto esta iglesia como la capilla aneja son tan pequeñas en proporción al número de parroquianos, que más de cien mil de ellos no podrían asistir á los actos del culto por falta de local. Á pesar de eso, están de ordinario á medio llenar. La mayoría de los niños pobres no reciben instrucción ninguna.

La conclusión que de tales hechos deduce Kay, es que la Iglesia protestante ha alejado de sí á los pobres; que los ministros reformados son demasiado aristócratas para dignarse tratar con gente andrajosa y sin educación. Después de dirigir al Clero protestante estos cargos, velados, eso sí, con una forma inofensiva y

respetuosa, termina comparando el abandono en que ellos tienen á sus pobres y la solicitud de los *romanos* por atraérselos; la inacción de los unos con el rápido desarrollo, y la vitalidad de los otros. Dignas son de transcribirse algunas de sus palabras:

«Entre los obreros de Lancashire es cosa corriente el decir que en Inglaterra la Iglesia no se ha establecido para las clases bajas, sino para las altas. En los templos católicos todos son tratados como iguales ante Dios. Allí el pobre es recibido con los brazos abiertos, como dándole á entender que la Iglesia fué fundada especialmente para los desgraciados y pequeñuelos como él. ¡Cuánto tiene que aprender aquí la Iglesia anglicana!»

Mucho, en efecto, pudiera aprender; pero las lecciones serían inútiles y sin provecho, como quiera que los protestantes no poseen, como los católicos, el alimento espiritual de que necesitan esas desgraciadas muchedumbres, hambrientas más aún que del pan que sustenta los cuerpos, de la doctrina, que robustece y vivifica las almas. Porque la Iglesia protestante no es sino una institución del Estado, entre cuyos empleados se cuenta al Clero. ¿Cómo ha de simpatizar con el pobre quien no le trata ni conoce, quien vive separado de él como por un abismo? ¡Ah! No es ese ciertamente el ideal y modelo del Buen Pastor, que conoce á sus ovejas y es de ellas conocido; del Buen Pastor, que está dispuesto, si preciso fuere, á sacrificar la vida por su rebaño! Ni se crea que este carácter egoísta y despiadado sea nuevo en el Protestantismo. Censurábalo ya en los principios de la Reforma un escritor contemporáneo, Tomás Nash (1567-1600), en un fragmento de su obra *Lágrimas de Cristo sobre Jerusalén*, que no es sino una sátira sobre la ciudad de Londres. Dice así, entre otras cosas:

«Si Cristo se viera hoy desnudo ó enfermo, á buen seguro que nadie le visitaba ni vestía. Lejos de socorrerle, maldecirían y renegarían de él. Dar medio penique mensual para la caja de los pobres, tiénese ya por un derroche. Personas que merecen entero crédito aseguran que las limosnas recogidas en Londres en una semana no llegan ni á la décima parte de las que en un solo día se hacen en cualquiera de las ciudades más pobres de Francia. ¿Qué es nuestra religión, si en todas partes se ve avaricia y en ninguna buenas obras? Porque ya no se edifican monasterios, ni se canten misas, ni se recen sufragios por las almas de los difuntos, ¿nos creemos también dispensados de las obras de misericordia, que el Señor nos encomendó? Nuestros perros son ali-

mentados con lo que sobra de nuestras mesas, ¡y en tanto hay cristianos, hermanos nuestros, que están muriendo de hambre!»

Si el Protestantismo ha logrado dominar en algunos países, ha sido poniéndose á disposición y servicio del Estado, y convirtiéndose en un instrumento de la política. El lema de los protestantes «La Iglesia y el Estado» sería más lógico y verdadero, si invirtiéndose las palabras, se leyera: «El Estado y la Iglesia.» Porque, en efecto, aquél es el Señor, ésta la criada; aquél manda, ésta ejecuta cuanto se le ordena. Por esta causa, la Reforma es responsable de la plaga del pauperismo, por haber contribuido á ella de dos maneras, negativa y positivamente.

Lo primero, privando á los pueblos de sus verdaderos pastores, muchos de los cuales dieron generosos su vida por sus ovejas. Lo segundo, porque cuando el lobo Estado entró en el redil, sediento de sangre y exterminio, ellos, los que habían usurpado el oficio de los legítimos pastores, ó huyeron cobardemente desamparando á su rebaño, ó se volvieron contra sus ovejas, cooperando traidoramente al despojo y la matanza. El Protestantismo también borró la poética y dulcísima igualdad y fraternidad cristiana, que en otros tiempos nivelaba á ricos y pobres, altos y bajos, y dividió la sociedad en clases y castas, promulgándose para los ricos un nuevo Evangelio, que no es, ciertamente, el de Jesucristo, que ha de ser predicado especialmente á los pequeñuelos y desprecia los del mundo.

Siguiendo las enseñanzas de su religión, los Gobiernos protestantes inventaron un nuevo régimen, cuyos procedimientos tienen más de un punto de contacto con el reglamento de esclavos que antiguamente usaban los negreros. Por estos medios, la antigua plebe, noble y altiva en los tiempos católicos, se acobardó, degradó y anonadó; y cuando, compelida por la necesidad, se dirigió suplicante á sus amos pidiendo un pedazo de pan, oyó que se le respondía: «Sois pobre, id á un asilo.»

Pocas pasiones dominan tan fuertemente el corazón humano como el amor al suelo patrio. Romper los lazos que á él nos ligan, se hace difícilísimo aun en las ocasiones en que el deber lo exige. Pero cuando el hombre, sin ser llamado por la sagrada voz del deber, determina expatriarse, porque el cielo que le vió nacer se ha vuelto de bronce, y de hierro la tierra que recogió su primera lágrima; cuando la madre patria nada tiene que ofrecer á sus hijos sino los harapos de la miseria y la obscura tumba del po-

bre, ¡ah! entonces es doloroso, á par de muerte, dar el último adiós á la tierra natal, para arrojarse á las incertidumbres de un voluntario destierro.

Pues bien; por este durísimo trance, de los más amargos de la vida, han pasado más de doce millones de ingleses, escoceses é irlandeses en los últimos ochenta años del siglo XIX, desde la batalla de Waterlío hasta la fecha. ¡Doce millones! ¡Hermanos é hijos de los soldados muertos en aquellos inmortales campos por cubrir de gloria á la bandera inglesa, que no había de cobijar y proteger á sus descendientes!

Irlanda es la que da el mayor contingente en esta lista de expatriados. Cinco millones de irlandeses han dado el último adiós á su idolatrada Erin, con los ojos arrasados en lágrimas y el corazón partido de dolor, para buscar en las hospitalarias playas americanas los medios de subsistencia que en otra parte no encontraban. ¡Cuántos de ellos terminaron la vida antes que el viaje! Sólo en el año de 1846-1847 murieron á bordo 20.000 de ellos, ahorrando así al Gobierno inglés el trabajo de cavar otras tantas fosas de pobres.

Y ¿qué habían de hacer? Empobrecidos, perseguidos y desterrados por el Protestantismo oficial, arriesgarse á todo por evitar la muerte. Muchísimos encontraron entre los americanos la libertad y el bienestar por que anhelaban. Otros, en cambio, no hallaron sino un hospital ó asilo en que acabar sus días, inscritos en la matrícula de «pobres oficiales.» Que también nosotros hemos heredado de nuestros antecesores, los ingleses, junto con el protestantismo, el desafecto á los pobres.

Según el censo de 1890, existían en los asilos oficiales de los Estados Unidos 73.043 pobres, que vienen á ser 1 por 857 habitantes. Esta proporción en la Gran Bretaña es de 1 por cada 39 habitantes. De estos 73.043 asilados, 27.648 eran extranjeros, y de ellos 16.915 súbditos ingleses.

Véase la siguiente lista, y por las diversas proporciones en que figuran los países protestantes y católicos, podrá juzgarse del estado del pueblo en unos y otros:

Oriundos de países protestantes.....	25.953
Oriundos de países católicos.....	1.321

Como la pobreza de Irlanda no es debida sino al mal gobierno y á las exorbitantes contribuciones, bien pueden sus pobres

ser cargados en cuenta al Protestantismo, como lo hemos hecho. Porque señalar como causa la religión de la generalidad de los irlandeses, sería un absurdo manifiesto. A no ser que se pretenda decir que si Irlanda hubiera sido cualquiera otra cosa menos católica, aunque fuera idólatra, no hubiera sufrido tanto de su cruel verdugo, lo cual tal vez sea mucha verdad.

Mr. Lester asegura que hace algunos años ofrecía Inglaterra premio al que deseaba emigrar. Y no sólo empleó agentes que se ocuparan en persuadir con falsas razones la expatriación, sino que aun suministró fondos para este fin. Y en la misma página dice lo siguiente:

«Estoy tentado á publicar las estadísticas de los pobres, enviados por el Gobierno británico á los Estados Unidos. Pues nada digo de la exportación de criminales, hecha clandestinamente. En muchas ocasiones han embarcado para nuestras costas á criminales, á gente facinerosa condenada por la justicia; á hombres dañosos para el bien común, á quienes las autoridades de las colonias británicas se negaban á recibir. De modo que además de los millares de pobres, nos regalan asesinos, salteadores y rateros. A tal punto ha llegado este vergonzoso contrabando, que el Gobierno General y el particular de cada Estado, hubo de tomar cartas en el negocio; y en vista de que las protestas y reclamaciones nada aprovechaban, dictáronse leyes para defenderse de aquella agresión.» (*Glory and Shame of England*, vol. I, pág. 289.)

No hemos podido recoger datos de todos los países sobre el pauperismo oficial. Los que hemos hallado, relativos al 1893, son los siguientes:

PAÍSES PROTESTANTES

Suecia.....	Un pobre por cada	19 habitantes.
Holanda.....	» »	20 »
Dinamarca.....	» »	23 »
Noruega.....	» »	25 »
Alemania.....	» »	31 »
Gran Bretaña...	» »	39 »

PAÍSES CATÓLICOS

Austria.....	Un pobre por cada	145 habitantes.
Bélgica.....	» »	1.321 »